

Rosario Robles

Tristeza

Durante la tarde del martes, al seguir puntualmente la elección en Estados Unidos, no podía dejar de pensar en el significativo hecho de que una valiente mujer sembró la semilla que alimentó la lucha por los derechos civiles. En efecto, a mi mente llegaba el recuerdo de Rosa Parks, aquella costurera que en 1955, en Montgomery, se negó a cederle su asiento a una persona de raza blanca por lo que fue encarcelada. Este acontecimiento llevó a Martin Luther King a encabezar la protesta que obligó a que terminara la práctica de segregación racial en el transporte público y que lo convirtió en el líder de esta causa cuyos sueños (y los de muchos) se hicieron realidad con la llegada de un afroamericano a la presidencia de ese país. Pensaba también en que el triunfo de Obama significaba el arribo de una nueva era, de una nueva generación, de una nueva forma de hacer política. Añoraba en cierto modo que en nuestro país existiera un liderazgo así, capaz de mover el corazón de multitudes, no a partir de la confrontación y el encono, sino de la construcción de puentes, de la (re)conciliación, del reconocimiento de la diversidad, y de la capacidad de sumar esfuerzos para conducirnos a puerto seguro. Me alegraba con las cifras que poco a poco conocíamos. Las encuestas de salida no sólo le sumaban votos electorales, sino la fuerza de un mandato construido con una sociedad empoderada al sentir que su voto hacía la diferencia: los jóvenes de 18 a 29 años lo respaldaron en una proporción de 66%, mismo porcentaje le aportaron los latinos. También las mujeres votaron por el

candidato demócrata (53%) e incluso con los votantes blancos se colocó por encima de su contrincante, en gran medida gracias a su propuesta basada en una visión igualitaria y participativa, en la que todos caben, independientemente de su género, color de piel, preferencia religiosa, política o sexual, edad o discapacidades. Me conmovieron las lágrimas del reverendo Jesse Jackson orgulloso, tal vez, de que su lucha por alcanzar la nominación demócrata (hace diez años) abrió la brecha. También las de Bernice King, hija de quien recibió el premio Nobel de la Paz, que emocionada dijo que sin duda su padre estaría orgulloso de Estados Unidos y que su

sacrificio (al igual que el de su madre) no había sido en vano.

En eso estaba cuando todo cambió. La noticia de un accidente aéreo en la ciudad primero, y después de que en el avión viajaba el joven secretario de Gobernación me golpeó como a todos los mexicanos. La esperanza que me despertó el triunfo de Obama se desvaneció y le dio paso al miedo, a la incertidumbre, a la preocupación. Me sentí, al igual que todos, vulnerable. Una enorme tristeza me envolvió. Me dio pena por mi país hace rato envuelto en tragedia y desesperanza. Más allá de las razonables dudas generadas por el hecho de que en la misma aeronave viajaba el ex procurador Vasconcelos (que había sido amenazado en varias ocasiones por el crimen organizado), así como de las recientes detenciones a líderes importantes del narcotráfico y a funcionarios públicos involucrados en sus redes, asumí que el compromiso

que en esos momentos establecía un consernado (como todos) Felipe Calderón de que se investigarían a fondo las causas que originaron la tragedia era sincero. Porque eso es lo que se merece, no sólo el amigo, el funcionario leal, el hombre de confianza, sino también el otrora fiscal antidrogas, los demás colaboradores, sus familias, y los que por encontrarse en el lugar murieron o resultaron heridos. Pero sobre todo porque la verdad es la mejor medicina para recuperar la confianza hoy maltrecha. Se han dado ya los primeros pasos en ese sentido. La participación en la investigación de expertos internacionales de probidad incuestionable es una señal importante, así como la información expedita y transparente. Lo es también la actitud sobria del propio Presidente. La solidaridad que se merece en estos momentos no admite titubeos ni mezquindades. Porque por encima de cualquier interés particular está México.

Ser... o neceser

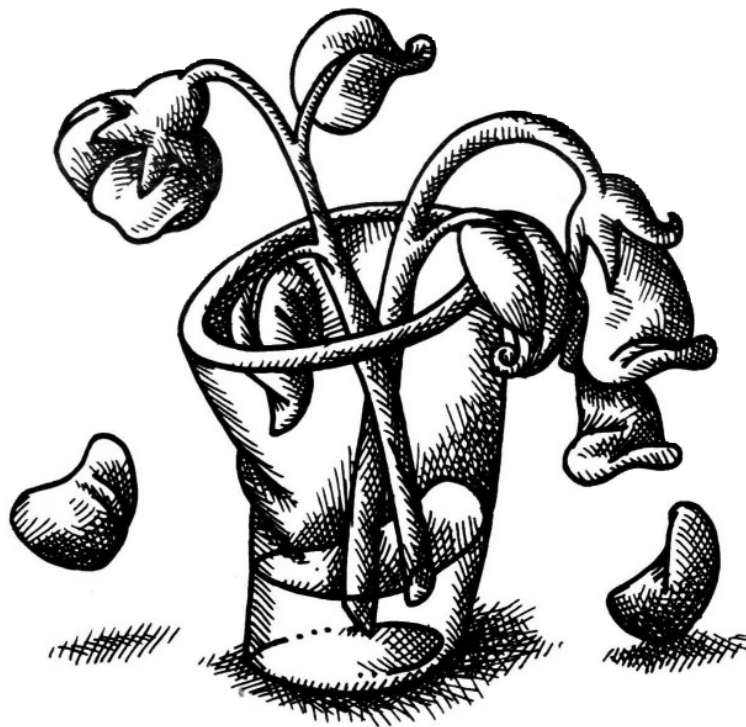
Nunca olvidaré que, a pesar de las diferencias, me tendieron una mano en momentos muy difíciles para mí. Hoy que lo son para ellos les envío a los dos, a Felipe Calderón y Margarita Zavala, un abrazo solidario. ■■

robles@mileniodiario.com.mx

La participación en la investigación de expertos internacionales de probidad incuestionable es una señal importante.



**asi como
la información
expedita y
transparente**



LUIS MIGUEL MORALES